

servaría en todas circunstancias al jefe de la Iglesia. Por supuesto que estas expresiones no mejoraron en nada el gobierno de Roma, ni mucho menos cuando el Papa recibió una carta de Víctor Manuel en la cual éste decía que Napoleón no había hecho la guerra por complacer al rey, sino con el fin de adquirir para la Francia ciertas provincias, lo que obligaba al Piamonte á extenderse también si no quería resultar más débil en proporción (1). Pocas semanas después publicó el Papa la excomunión de todos los que habían tomado parte en la rebelión de la Romagna y además rompió las relaciones diplomáticas con el gobierno de Turin.

La situación de la Italia central quedó á consecuencia de todos estos sucesos muy insegura, y si bien obraban de común acuerdo los gobiernos de Florencia, Módena y Bolonia, faltó en todo la claridad y firmeza que solo podía dar á la situación una voluntad única y férrea. Contra los peligros que amenazaban desde fuera podían creerse aquellos gobiernos asegurados por su alianza armada; pero nada les aseguraba contra las conspiraciones y planes de insurrección de los partidarios de Mazzini, que pretendían sublevar el resto de los Estados de la Iglesia. En esta situación, se meditó seriamente la idea de elegir por regente en los cuatro Estados de la Italia central al príncipe Eugenio de Saboya-Cariñan, que había sido regente del Piamonte durante la guerra. Este plan gustó mucho á Cavour, pero en su opinión debía realizarse á manera de golpe de Estado (2) para que el gobierno piamontés no apareciera mezclado en este asunto; por manera que el príncipe si aceptaba la regencia, no debía ejercerla en nombre del rey. Sin embargo, el ministerio piamontés no tuvo valor para arriesgarse á semejante empresa contra la voluntad de Napoleón; y además creyó poder sacar indicios favorables de un discurso que había pronunciado el emperador el 11 de octubre en Burdeos. Para tomar informes seguros envió á Dabormida á París con el encargo de discutir con el emperador la proyectada regencia y algunas otras cuestiones. Napoleón estaba firmemente decidido á conseguir á Niza y Saboya, aunque hubiese de conceder al Piamonte algunos otros territorios; pero no quiso hablar del proyecto que llevaba Dabormida, porque deseaba reducir estas compensaciones á la menor cantidad posible. Dabormida no comprendió la idea de Napoleón y se contentó con mencionar repetidas veces en la conversación la cesión de Saboya; pero no adelantó nada, y á la despedida recibió del emperador una carta para el rey fechada en Saint-Cloud el 20 de octubre, en la cual proponía la reunión del ducado de Parma al Piamonte, el traspaso de Módena á la duquesa de Parma, la vuelta del gran duque á Toscana, cuyo territorio sería aumentado, la introducción de un gobierno liberal racional en todos los Estados italianos, el gobierno autónomo del Veneto y el establecimiento de una confederación italiana con Mantua y Peschiera como fortalezas federales. En este programa nada se decía de la regencia y las anexiones concedidas al Piamonte se limitaban á Parma. Era evidente que semejante proyecto no podía satisfacer al gobierno piamontés, y la repetida insinuación de la cesión de la Saboya aumentó el disgusto; pero ni Víctor Manuel ni su ministerio comprendieron lo que indicaba el proyecto, y Víctor Manuel contestó á la carta del emperador negativamente diciendo: «Mi suerte está unida á la del pueblo italiano. Podemos sucumbir, pero nunca nos haremos traición. A veces puede un Solferino ó un San Martino rescatar un Novara ó un Waterloo; pero la traición de

(1) Así lo dijo el Papa en persona al embajador francés Thouvenel (tomo I, pág. 34), si bien la copia de la citada carta, que se entregó después en Turin al embajador francés, no contenía este pasaje. Véase la misma obra de Thouvenel, pág. 67.

(2) Chiala, tomo III, pág. 384.

un soberano nunca puede ser compensada. Antes de perjudicar á mi infortunado pueblo, prefiero romper mi espada y deshacerme de la corona como lo hizo mi padre.»

En aquel tiempo precisamente se había hecho insostenible la situación en la Italia central, donde las agitaciones de Mazzini parecían haber logrado su objeto. Este profeta de la república se había conformado desde el mes de agosto con la situación, tanto que declaró públicamente que la unidad de Italia era entonces más importante que la forma de su gobierno, y que él, sin renunciar á la propaganda moral á favor de la república, quería servir bajo la dinastía piamontesa si ésta se proponía la conquista de Roma. En este sentido entró en relaciones hasta con Víctor Manuel, sirviéndose en calidad de agente mediador de Brofferio, y desde el cantón del Tesino, adonde había ido desde Londres, escribió directamente al rey, diciéndole entre otras cosas: «Poco importa que se halle á la cabeza de la nueva Italia un presidente vitalicio ó un rey. Olvide usted por algún tiempo que es rey y hágase el primer ciudadano, el apóstol armado de la nación.» El rey no se mostró absolutamente contrario á estas excitaciones y dejó que Brofferio volviera adonde estaba Mazzini, diciéndole: «Vea usted si puede llegar á una inteligencia con él, pero procure que el fiscal no tenga conocimiento del asunto.» Las negociaciones no dieron al fin ningún resultado, y Mazzini se dirigió personalmente á la Romagna para decidir á Garibaldi á entrar en acción. Garibaldi, descontento como estaba ya, se dejó convencer por Mazzini, á pesar del antiguo y justo rencor que tenía contra él. Farini y Fanti también fueron admitidos en el secreto y aprobaron el plan de tomar la ofensiva, tanto más cuanto que amenazaba constantemente un ataque de parte de las tropas del Papa. Fanti autorizó á Garibaldi no solamente á traspasar la frontera en caso de un ataque, sino también á auxiliar los movimientos de sublevación que pudieran ocurrir en los Estados de la Iglesia. Contra estas instrucciones dadas el 19 de octubre, protestaron inmediatamente Ricasoli y Cipriani y amenazaron con quitar á Fanti y á Garibaldi los poderes que les habían confiado los gobiernos de Toscana y de la Romagna. El rey también tomó parte en el asunto y escribió en 29 de octubre á Fanti que renunciara á su puesto y volviera á Turin, y al mismo tiempo tuvo una explicación verbal con Garibaldi que produjo en él la impresión de que al rey en su interior le agradaba su proceder. Fanti y Farini, á quienes la carta del rey había dejado perplejos, detuvieron á Garibaldi una vez más; pero la situación tirante empujaba más que nunca á realizar el plan de regencia, á favor del cual estaban tanto Farini como Ricasoli, y si bien el ministerio piamontés se mantuvo contrario, el rey aprobó por su parte la actitud de los revolucionarios. En su consecuencia, los tres directores de la Italia central decidieron proceder por medio de las asambleas nacionales á la elección del príncipe de Cariñan, simultáneamente en los tres Estados del centro, conforme se hizo el 7 de noviembre en Módena, Bolonia, Florencia y Parma; y habiendo Cipriani dimitido inmediatamente su puesto, se encargó Farini entretanto del gobierno de la Romagna, además del suyo.

Víctor Manuel estaba completamente dispuesto á permitir á su primo aceptar la regencia; pero el ministerio insistió en que primero debía preguntarse si esto gustaba á Napoleón, y la contestación, que llegó el 9 de noviembre á Turin, fué decididamente contraria, diciendo que semejante paso imposibilitaría el congreso europeo proyectado y añadiendo: «Ustedes se harían culpables y yo no podría salvarles ya. Muestran energía para probar que se toma en serio la paz firmada. Si ustedes proceden de otra manera, pierden la Italia.»

Aquel día era, en efecto, cosa decidida que se firmara la paz, y así se hizo el 10 de noviembre; y si para esto se habían necesitado tres meses, habiendo empezado sus conferencias ya en 9 de agosto los plenipotenciarios Bourqueney, Banneville, Karolyi, Meisenburg, Des-Ambrois y Jacteau, no fué por las dificultades que pudiera haber ocasionado la situación de los ducados y del Estado de la Iglesia. Esta situación no entraba en el programa de las conferencias de Zurich, quedando reservada al proyectado congreso europeo; pero las discusiones giraron sobre cuestiones de dinero y otros puntos que nada tenían que ver con la política, por cuya razón no presentaron ninguna nueva disposición de interés para la historia de los tres tratados, que se firmaron al fin, uno entre Francia y Austria, otro entre Francia y el Piamonte y el tercero por las tres potencias. En ellos se repetían los arreglos de Villafranca; se cargaba al Piamonte una parte de las deudas de Lombardía y Venecia (tres quintas partes del llamado Monte lombardo y cien millones de francos del empréstito de 1854), y además se le obligaba á pagar á la Francia sesenta millones por gastos de guerra. El arreglo de la situación del centro de Italia quedó reservado expresamente al congreso, anunciando Walewski en una circular diplomática que Francia y Austria invitarían en común á las potencias firmantes del acta de Viena de 1815, para recibir las comunicaciones relativas á los tratados de Zurich y conferenciar sobre las cuestiones todavía pendientes.

Estas circunstancias hicieron fracasar la elección de Cariñan, y hasta Cavour declaró en una conferencia de los tres hombres de Estado que una vez que se había cometido la falta de preguntar primero á Napoleón, había que respetar su contestación. Para salir del paso recomendó que Cariñan contestara á las diputaciones que debían presentarsele el 14 de noviembre, que las consideraciones debidas al proyectado congreso no le permitían aceptar la elección, pero que se servía de las atribuciones que se le daban para encargarse al caballero Buoncompagni el cuidado de los asuntos políticos de la Italia central. Con esto estaba conforme Farini, pero no Ricasoli, que declaró rotundamente: «El príncipe ó nada;» porque tenía, sin razón, que á última hora se propusiera Napoleón formar un reino en el centro de Italia para su primo, y en su opinión, la elección de un príncipe piamontés era un arma contra esta intención, mientras la elección de un particular como Buoncompagni podría favorecerla. Después de muchas discusiones, se convino hácia mediados de diciembre en un arreglo, en cuya consecuencia Buoncompagni ocupó su correspondiente puesto también en Toscana. Los nuevos gobiernos conservaron, pues, sus poderes, y Buoncompagni, el nuevo gobernador general, solo fué en realidad un agente de confianza que tenía la misión de mantener las buenas relaciones entre los gobiernos del centro de Italia y entre estos y el Piamonte.

La consecuencia directa de la elección de Cariñan fué que Garibaldi, aunque acababa de prometer á Farini mantenerse tranquilo, tomó en 12 de noviembre la resolución de hacer pasar á sus avanzadas la frontera en la noche siguiente; mas á las enérgicas objeciones del rey, que le llamó á Turin, se debió que no se diera aquel paso temerario. En 16 de noviembre tuvo Garibaldi una larga entrevista con Víctor Manuel, cuyo resultado fué que renunció á su puesto en la Italia central y no aceptó el empleo de general en el ejército piamontés, decidido á volverse á Caprera y llevándose como regalo del rey una hermosa escopeta de caza. Informándose Rattazzi cerca de Farini del estado de ánimo de Garibaldi, contestó Farini que estaba muy contento; mas en un manifiesto que publicó Garibaldi desde Niza, habló de los «ardides falaces» con los cuales se había pretendido

mermar su libertad, y de la política miserable y astuta que se oponía al noble propósito del valiente rey, modelo de lealtad. Por desgracia le detuvo Víctor Manuel en el último momento de su marcha á Caprera, le llamó otra vez á Turin y le propuso organizar la guardia nacional de la Lombardía. Garibaldi aceptó, se quedó en la península y desde entonces se apoderó de él enteramente la extrema izquierda.

La cuestión candente del día era si el congreso europeo se realizaría ó no. Las invitaciones para su reunión se habían enviado el 21 de noviembre á sus destinos; mas antes que llegaran las respuestas, quedó sorprendido el mundo político por un folleto oficioso, publicado en Navidad en París con el título de *El Papa y el Congreso*, y que tenía por obje-



Fanti (según fotografía)

to demostrar que el Papa, para cumplir sus deberes espirituales, no necesitaba mas que un poder temporal limitado: el dominio de la ciudad de Roma y del llamado patrimonio de San Pedro. Era evidente que este proyecto haría imposible el congreso desde el momento en que el gobierno francés le reconociese por suyo oficialmente, y que de consiguiente el gobierno austriaco no admitiría negociaciones sobre esta base. No quedó, en efecto, duda ninguna sobre la autenticidad del folleto en vista de la carta que el emperador dirigió en 30 de diciembre al Papa para aconsejarle que renunciara á las provincias rebeldes y que pidiera para el resto de su territorio la garantía de Europa. El Papa, muy distante de aceptar este consejo, dijo en la recepción de 1.º de enero al general Goyon, que mandaba el cuerpo francés de ocupación en Roma, que cada día se prosternaba ante el Eterno para suplicarle que iluminara al emperador, á fin de que le hiciera ver que aquel folleto era un tejido innoble de contradicciones y un monumento insigne de hipocresía (1). En su contestación á la carta del emperador, dijo el Papa que no le era posible renunciar á ninguna provincia, porque no podía renunciar á lo que no era suyo; que una garantía de las potencias para el resto del territorio no tenía valor ninguno, porque las potencias no emplearían la fuerza en un

(1) Así dijo el *Diario de Roma* en su número del 3 de enero de 1860. Thouvenel dice (tomo I, pág. 18) que se atribuyó el folleto al mismo emperador, pero sin razón.

caso extraordinario, y que el congreso era inútil si no resolvía la sumisión de la Romagna.

Antes de llegar esta respuesta á Paris, tuvo efecto el ya mencionado cambio del ministro de Negocios extranjeros, ocupando Thouvenel el puesto de Walewski. Este último había dicho ya al embajador inglés que se había renunciado al congreso. El motivo principal de este cambio en la política del emperador fué la adquisición de Niza y de Saboya, á las cuales parecía haber renunciado en vista de los amargos desengaños que habían recibido los italianos con la paz de Villafranca. El 15 de julio dijo Napoleón á Víctor Manuel: «Aquello de Niza y Saboya lo dejaremos correr (1);» pero no por esto renunció ni por un instante á su propósito, tanto que la *Independencia belga*, en su número del 29 de julio, dió la noticia de que en la Saboya se recogían firmas para una petición solicitando la unión del país con Francia. Al mismo tiempo los diputados saboyanos en el parlamento de Turín publicaron una declaración pidiendo para su provincia un gobierno separado, disminución de las cargas públicas y militares, exención de su cupo de los gastos de guerra y mayor fomento de sus recursos materiales. Esta era una evidente muestra del silencioso trabajo de zapa del partido francés. Dabormida, no obstante, creyó firmemente en la veracidad de Walewski cuando éste contestó á su reclamación que la Francia no pensaba ya en la anexión, y que el gobierno se oponía á aquellas manifestaciones. Sin embargo, al mismo tiempo empezaron los periódicos franceses á discutir la anexión con mas celo que antes; y además había hombres de Estado piamonteses, entre ellos Cavour, que consideraban la cesión de la Saboya, y en caso necesario también la de Niza, como precio aceptable de la renuncia de Napoleón á su oposición en la cuestión de la Italia central. Acaso también era esta opinión la del mismo Dabormida; solo que él y sus colegas no tuvieron valor para presentar y apoyar tal solución, porque creían que Napoleón no se atrevería á tocar esta cuestión en caso de realizarse el congreso, al cual pensaban enviar á Cavour como representante de Italia.

Víctor Manuel no se había reconciliado todavía con Cavour, al cual guardaba rencor por la escena violenta que había tenido con él después de la paz de Villafranca; pero á pesar de esto, se hallaba dispuesto á aprobar su nombramiento para el congreso, si este nombramiento era del gusto de Napoleón. Para cerciorarse de esto fué enviado Vimercati á Paris, y volvió con la contestación de que Napoleón recomendaba el nombramiento de Cavour. Este estaba también dispuesto á aceptar el encargo, si bien era para él un sacrificio cumplir las instrucciones de un ministerio de cuyos miembros no tenía muy gran concepto. Mejor hubiera tomado él mismo las riendas del gobierno; y si aceptó, fué con la esperanza segura de que después del congreso se vería encargado de la dirección de los negocios públicos.

Justamente por esta probabilidad no gustó su nombramiento á los jefes de la izquierda, entre ellos Brofferio y Guerrazzi, que frecuentaban mucho la corte y que trataron por todos los medios de disuadir al rey de que le nombrase. Sus periódicos estaban llenos de ataques violentos contra Cavour, cuya conducta altanera hacía el emperador, decían, había sido la causa de la inesperada conclusión de la guerra, atribuyendo además á Cavour el propósito de sustituir la alianza francesa por la inglesa. Por otro lado, lisonjearon grandemente á Rattazzi y se hicieron esfuerzos para fundar una unión de todos los partidos liberales á fin de conseguir en las elecciones generales una especie de plebiscito á favor

(1) Chiala, tomo III, pág. 188.

de aquel hombre de Estado. Establecióse con este objeto una asociación bajo el nombre de *Los libros comicios* y un periódico, el *Stendardo Italiano*, en cuyas columnas se atacó á Cavour de la manera mas odiosa. Con esta conducta sus fundadores echaron á perder su propio plan, porque muchos diputados, indignados de tan viles ataques, se separaron de la asociación de *Los libros comicios*; se despejó entonces la situación y se vió que el fondo de la cuestión era si había de quedar Rattazzi al frente del gobierno ó si había de reemplazarle otra vez Cavour. Rattazzi trató de robustecer su posición induciendo á Garibaldi á tomar su partido en la cuestión, y le hizo abandonar en los últimos días de diciembre la presidencia honoraria de la *Asociación Nacional*, que bajo la dirección de La-Farina era partidaria de Cavour, y encargarse de la asociación llamada *La nación armada*, la cual bajo este nombre se proponía el mismo objeto que la asociación de *Los libros comicios*, que había perdido gran parte de su crédito. Resultó, no obstante, que la fama de Garibaldi no fué bastante para enajenar á la causa de Cavour al pueblo práctico de Turín, que recibió una procesion cívica de aquella asociación con manifestaciones ruidosas en honor de Cavour. Por consecuencia de estas manifestaciones Garibaldi en 4 de enero de 1860 disolvió la asociación llamada *La nación armada* y en su lugar abrió una suscripción para adquirir un millon de fusiles, á fin de armar con ellos un millon de italianos y oponerlos al extranjero. Esto era lo mismo que formar un ejército independiente del rey, y contra semejante propósito revolucionario se levantaron apoyados por la diplomacia extranjera Dabormida, Lamármora y otros colegas de Rattazzi. Al propio tiempo llegaron de Paris instancias cada dia mas apremiantes de que volviera Cavour á ponerse á la cabeza del gobierno, pues el emperador deseaba tratar con él sobre el arreglo de la situación de la Italia central y sobre la cesión de Saboya y Niza. Esta cesión fué propuesta al gobierno piamontés oficialmente por el nuevo embajador francés, baron de Talleyrand, en 10 de enero. El ministerio creyó que podría sostenerse todavía proponiendo á Cavour que pasara con una misión especial á Paris y á Londres; y habiendo manifestado su auencia tanto el príncipe Napoleón como lord Russell, Cavour se mostró pronto á aceptar con la condición de ponerse de acuerdo con el ministerio sobre la reunión inmediata de las cámaras; pero esta combinación fracasó y se hundió el gabinete el 16 de enero. El rey venció su repugnancia y encargó á Cavour la formación de un nuevo ministerio, que tomó posesión el 20 de aquel mes.

Era indudable que el nuevo ministerio estaba destinado á consumar el sacrificio de la Saboya y de Niza. Habiéndose formulado oficialmente la exigencia de Napoleón en este sentido, se comprendió cuán sistemáticamente había trabajado á este fin en los últimos seis meses. Este descubrimiento disgustó mucho á la diplomacia inglesa, de la cual se había servido Napoleón para conseguir del gobierno austriaco la promesa de renunciar á restaurar por las armas en sus tronos á los príncipes expulsados (2). Después de muchas conferencias entre el emperador y lord Cowley, se había decidido lord John Russell á obtener del gobierno austriaco esta renuncia, y había obtenido en efecto del conde de Rechberg la declaración de que su soberano no tenía ni la intención ni el deseo de intervenir en el asunto. El gobierno inglés había hecho este buen servicio á cambio de otro igual, que consistía en un tratado de comercio muy ventajoso para Inglaterra. Comenzaron las negociaciones para este tratado en octubre y quedaron ultimadas en 23 de enero de 1860; pero el gabi-

(2) Chiala, tomo III, pág. 259.

nete inglés no había sospechado ni remotamente que había trabajado al mismo tiempo á favor de la cesión de Saboya y Niza, y la reina Victoria escribió indignada, cuando quedó enterada del asunto: «Se han burlado de nosotros en toda regla.»

No habiéndose comunicado la exigencia de la Francia y la resolución del Piamonte al gobierno inglés hasta el 6 de febrero, lord Russell procedió por lo pronto como si la cesión no existiese, y procuró dar una solución independiente á la cuestión de la Italia central. El 22 de enero propuso á la Francia que renunciara, lo mismo que el Austria, á toda intervención en los asuntos interiores de la península y se entendiera con el Papa sobre la retirada de la guarnición francesa de Roma, debiendo también obligarse el Piamonte á no enviar tropas á la Italia central, mientras las poblaciones no hubiesen manifestado sus deseos por medio de una nueva votación. Napoleón se declaró en general conforme con esta proposición del gabinete inglés; mas para ganar tiempo manifestó el deseo de obtener la aprobación del gabinete austriaco. El conde de Rechberg la dió en una nota del 17 de febrero, por motivos de conveniencia, pero sin abandonar el punto de vista legal, bajo cuya condición dijo que renunciaba el Austria á la intervención armada. Thouvenel en 24 de febrero tomó acta de esta declaración en el sentido de que la Francia quedaba en cierta manera desligada de los arreglos de Villafranca y pidió que la nueva votación se efectuase por la totalidad de las poblaciones y no por asambleas elegidas nuevamente, á fin de que el principio del sufragio universal, que constituía la base de la legitimidad del emperador, fuese también la del nuevo orden de cosas en Italia. Al mismo tiempo declaró al gobierno piamontés que el emperador Napoleón solo consentía en la completa anexión de Módena y Parma; que la Romagna no debería unirse al Piamonte sino en la forma de un vicariato pontificio, y que Toscana conservara su independencia, dándose el trono á un príncipe de la casa de Saboya (1). Resultando de esta manera un Estado poderoso al otro lado de los Alpes, la posesión de la Saboya y Niza era una necesidad militar para la Francia, la cual, no obstante, no quería imponerse á la voluntad de la población; y deseaba respetar también los intereses de la Suiza y consultar á las grandes potencias, para evitar que se formase un concepto erróneo de la exigencia del gobierno francés. Además declaró Thouvenel á lord Cowley que el emperador juzgaba conveniente unir definitivamente á la Suiza el Chablais y Faucigny (2).

Parece imposible que Napoleón creyera todavía entonces que podría impedir la incorporación del gran ducado de Toscana á la monarquía piamontesa. Si, pues, no obstante se opuso á esta incorporación, su oposición fué sin duda un ardid para vencer eficazmente la resistencia de Cavour respecto de Niza, pues respecto de Saboya no tenía que temer ninguna dificultad. El mismo fin hubiera alcanzado por otro proyecto que pocos días antes fué tomado en consideración muy seria, á saber: la anexión de Parma, Módena y Toscana, encargando el vicariato de las Legaciones al duque de Parma; pero desde luego prefirió la primera combinación. El ministro piamontés respondió á esta nueva treta disponiendo, antes de enviar su contestación á Paris, que Farini y Ricasoli ordenaran el 1.º de marzo un plebiscito para el 11 y 12 del mismo mes, en el cual debía contestar el pueblo únicamente si quería la incorporación ó la autonomía, quedando excluida la restauración de las dinastías anteriores. En 2 de marzo contestó Cavour al despacho francés evitan-

(1) Thouvenel, tomo I, pág. 42.

(2) Thouvenel, tomo I, pág. 29.

do toda referencia especial á Niza, pero insistiendo en lo difícil que sería para el rey consentir en la pérdida de provincias que desde siglos habían estado bajo el cetro de la casa de Saboya, si bien á la verdad no podía negar á sus súbditos del otro lado de los Alpes el derecho de darse el gobierno que mas les gustara cuando el rey reclamaba igual derecho para la Italia central. Por doloroso que fuese que la cuna de la dinastía llegara á exigir su separación de los demás Estados del rey, no podría el Piamonte negar su consentimiento á semejante manifestación. Además mandó decir confidencialmente al emperador por medio del conde de Arese, que se había trasladado otra vez á Paris, que el ministro piamontés de ningún modo renunciaba á la Toscana. «El emperador, dijo el conde por orden de Cavour, no puede exigir que nos suicidemos; si hemos de sucumbir, queremos sucumbir con honor á manos del enemigo. Mas vale ser derrotado por el Austria, que perder todo derecho al respeto y no poder gobernar sino por la fuerza de las bayonetas.»

Las votaciones verificadas en Toscana y en la Emilia (como desde 1.º de enero se llamaba, á imitación de la antigua Via Emilia, la reunión de Parma, Módena y la Romagna) resultaron, como no podía menos de suceder, por inmensa mayoría, á favor de la anexión, la cual tuvo en Toscana 366,000 votos contra 15,000 y en la Emilia 426,000 contra 750. El 18 de marzo presentó Farini el resultado de la votación de Toscana al rey, y el 22 del mismo mes presentó Ricasoli el de la votación de la Emilia, admitiendo Víctor Manuel ambas votaciones sin reserva y encargándose del gobierno de estos nuevos territorios el 25 de marzo. El mismo día se efectuaron en todas partes las elecciones para diputados y el 2 de abril fué convocado el parlamento subalpino.

Estos sucesos habían acelerado la decisión respecto de Niza y Saboya. Después que Napoleón había revelado en su discurso del trono del 1.º de marzo á toda la Europa su pretensión, no pudo permitir ya ningún retardo, y apenas se efectuaron las votaciones en la Italia central, el conde de Benedetti se presentó en Turín para pedir la redacción del convenio. Cavour ya no puso dificultades ni respecto de Niza, y el 24 de marzo fué firmado por él, Farini, Benedetti y Talleyrand el tratado según el cual Víctor Manuel renunciaba, salva la aprobación del parlamento y de los plebiscitos de las poblaciones interesadas, á Niza y Saboya. Por penosa que fuera esta resolución para el rey, era evidente su necesidad y era natural también que la gran mayoría del parlamento y del pueblo italiano la reconocieran. La izquierda, por supuesto, aprovechó este asunto para formular nuevos ataques contra Cavour, pero el principio del plebiscito quitó la fuerza á su opinión. Verdad es que Garibaldi, hijo de Niza, se levantó furioso contra el ministro, y antes de haberse constituido el nuevo parlamento, anunció una proposición contra la cesión. Esta proposición fué puesta al debate, pero por una mayoría inmensa se pasó en la sesión del 12 de abril al orden del día, «esperando que el gobierno protegería las garantías constitucionales y la libertad del plebiscito.» A consecuencia de esto, Garibaldi dimitió el 23 de abril su cargo de diputado y buscó consuelo á su dolor patriótico en la liberación de Sicilia.

Tocante á la libertad del plebiscito en las provincias sacrificadas, hubo muchas dudas, pues Napoleón, deseoso de que diera un brillante resultado, había enviado á Saboya al senador Laity y á Niza á Pietri, para preparar del mejor modo el sufragio universal, y estos dos agentes no omitieron nada para atemorizar á la oposición. Pero aunque se hubiera dado toda la libertad é independencia al plebiscito, habría dado una mayoría á favor de la anexión, sobre todo en